

escrito a máquina

2 apuntes democráticos



I.

Chontales.

Regreso de Juigalpa en automóvil. Debajo de un árbol de jicaro el caballo pasta suelto en el llano, la rienda caída, la albarda torcida y en la alforja de cabuya una banderita de papel rojo. A cien varas, a pleno sol, un hombre está dormido, cara en tierra, borracho.

Yo esperaré a que se despertara. Es el primer caído que encuentro en la nueva estación política; la primera golondrina del verano electoral, y el hombrecito me trae infinitos recuerdos. He visto su retrato en los periódicos. Miles de rostros como éste multiplicándose en multitud y aclamando al líder político. Se llama Felicito, Pedro, Eliseo, Francisco; se llama Juan, Juan Campesino, el mismo de cuando yo era niño, el mismo del tiempo de Chamorro, o del tiempo de Zelaya. Cayó ayer y cayó ahora. Pero sobre ese hombrecito caído, sobre cinco, sobre veinte, sobre cincuenta mil o cien mil hombrecitos caídos se levanta nuestra democracia. Según sea el número de hombrecitos que llenan la plaza así es de grande el poder y la gloria del líder político que los reúne. Por eso quisiera esperar a que se despertara. Este hombrecito es el respaldo de nuestra política, el apoyo de nuestro régimen, el termómetro de nuestro progreso, el testimonio de nuestra democracia. El pudiera explicarme. Aclararme.

Pero el hombrecito está borracho.

II.

También en el Río San Juan ha comenzado la estación política. Botes en vez de caballos. Lanchas en vez de camiones. Las banderitas. Los caídos.

Pero he tenido suerte. El Juan del Río ya se recuperó y ahora regresa en un bote. —“Se lo prestó un amigo de San Carlos”, me dice. Mientras compra en la pulpería quizás pueda aclararme, decirme lo que cree, lo que recibe, lo que espera para venir —desde tan lejos— a respaldar una política, un partido, un líder.

—¿Cómo estuvo la cosa?

Pero la señora de la pulpería me interrumpe. No le quiere dar crédito.

—Te perdés por semanas y no me traés pero ni un abono.

—Vea —dijo Juan—, si no me da fiado no tengo ni para fósforos.

La pulpera lo miró, movió la cabeza y luego, renegando, comenzó a servirle el pedido.

Juan explicó: su madre estaba enferma. —Aprovechá el movimiento —le dijo ella—. Andá a la bulla y ve si mi hermana me presta diez pesos que ya no aguanto esta muela.

Pero la tía andaba en Granada. ¡Mala suerte! Ahora tenía que remar dos días para volver.

...¿Por qué voy a negar —pensé yo— que la democracia funciona?